

Keyifli Okumalar Dileriz

Binlerce kategoride milyonlarca PDF e-kitap, ders kitapları, dergiler ve romanlara platformumuz üzerinden ücretsiz ulaşabilirsiniz.

RESMİ WEB SİTEMİZ

<https://rantey.org>

Yedek ve Duyuru Kanallarımız

Sitemize erişim engeli gelmesi veya adres değişikliği durumunda aşağıdaki kanallardan güncel giriş adresine erişebilirsiniz:

- Telegram: <https://t.me/birkitapbir>
- WhatsApp Kanalımız : <https://whatsapp.com/channel/0029VbDHv8uE50Us4lvMoc0Y>

CARLOS MARÍA DOMÍNGUEZ

LA CASA DE PAPEL

*"Un soberbio y brillante entretenimiento sobre
el amor y el peligro de los libros."*

BERNARD PIVOT (APOSTROPHES)

*"Una fábula que debería seducir a libreros
y lectores de todo el mundo."*

LIVRO LIBRE

*"La casa de papel prueba que las mejores cosas vienen en envases
pequeños. Recomendamos ubicarlo en la biblioteca como
una joya caprichosa, entre un libro de Italo Calvino
y los cuentos de Dino Buzzati."*

THE NEW YORK TIMES REVIEW OF BOOKS

"Una obra maestra."

FRÄNKISCHE LANDESZEITUNG

Este bello y significativo relato obtuvo el Premio Fundación Lolita Rubial y Narradores de la Banda Oriental 2002; en 2005 ganó el Premio Especial del Jurado de los Jóvenes Lectores de Viena, Austria, y en 2007 fue finalista del Athenas Price for Literature, en Grecia. Lleva vendidos más de 100.000 ejemplares y ha sido traducido a dieciocho lenguas.



punto de lectura

www.puntodelectura.com

CARLOS MARÍA DOMÍNGUEZ

LA CASA DE PAPEL



CARLOS MARÍA
DOMÍNGUEZ

LA CASA DE PAPEL





CARLOS MARÍA DOMÍNGUEZ

La casa de papel

punto de lectura



CARLOS MARÍA DOMÍNGUEZ

La casa de papel

© Carlos María Domínguez, 2004
© De esta edición: Punto de Lectura Argentina S.A., 2007
Av. Leandro N. Alem 720, (1001) Ciudad de Buenos Aires

ISBN: 978-987-578-090-3

Hecho el depósito que indica la ley 11.723
Impreso en Uruguay. *Printed in Uruguay*
Primera edición: noviembre de 2007

Diseño de colección: PDL
Diseño de cubierta: Claudio A. Carrizo
Ilustración de cubierta: Ana Tarsia

Domínguez, Carlos María
La casa de papel - 1a ed. - Buenos Aires : Punto de Lectura, 2007.
80 p. ; 12,5x19 cm.

ISBN 978-987-578-090-3

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863

Todos los derechos reservados. Esta publicación
no puede ser reproducida, en todo ni en parte,
ni registrada en o transmitida por un sistema
de recuperación de información, en ninguna forma
ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico,
electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia,
o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito
de la editorial.

En memoria del gran Joseph

Uno

En la primavera de 1998 Bluma Lennon compró en una librería del Soho un viejo ejemplar de los *Poemas*, de Emily Dickinson, y al llegar al segundo poema, sobre la primera bocacalle, la atropelló un automóvil.

Los libros cambian el destino de las personas. Unos leyeron *El tigre de la malasia* y se convirtieron en profesores de literatura en remotas universidades. *Demian* llevó al hinduismo a decenas de miles de jóvenes, Hemingway los convirtió en deportistas, Dumas trastornó la vida de miles de mujeres y no pocas fueron salvadas del suicidio por manuales de cocina. Bluma fue su víctima.

Pero no la única. El viejo profesor de lenguas antiguas, Leonard Wood, quedó hemipléjico al recibir cinco tomos de la Enciclopedia Británica en la cabeza, desprendidos de un estante de su biblioteca; mi amigo Richard se quebró una pierna al intentar llegar hasta *¡Absalom, Absalom!*, de William Faulkner, mal ubicado en un anaquel que lo llevó a caer de la escalera. Otro amigo de Buenos Aires enfermó de tuberculosis en los sótanos de un archivo público y conocí a un perro chileno que murió indigestado con *Los hermanos Karamazov*, después de devorar sus páginas en una tarde de furia.

Cada vez que mi abuela me veía leer en la cama, solía decirme: “Dejá eso, que los libros son peligrosos”. Durante muchos años creí en su ignorancia, pero el tiempo demostró la sensatez de mi abuela alemana.

El funeral de Bluma convocó a numerosas autoridades de la universidad de Cambridge. En el oficio religioso, el profesor Robert Laurel le dedicó una soberbia despedida, luego editada en fascículo por su mérito académico. Resaltó su brillante carrera universitaria, sus cuarenta y cinco años de sensibilidad e inteligencia y, en el cuerpo principal del trabajo, sus decisivos aportes a la investigación de la huella anglosajona en las letras latinoamericanas. Pero culminó con una frase controvertida: “Bluma consagró su vida a la literatura —dijo—, sin imaginar que iría a llevársela de este mundo”.

Quienes lo acusaron de malograr la pieza con “un torpe eufemismo” enfrentaron la acérrima defensa de los ayudantes de Laurel. Pocos días más tarde, en casa de mi amiga Anny, oí a John Bernon decir a un grupo de discípulos de Laurel:

—La mató un auto. No el poema.

—Nada existe fuera de su representación —argumentaron dos muchachos y una chica judía, que llevaba la voz cantante—. Cualquiera tiene derecho a elegir la representación que quiera.

—Y de hacer mala literatura. De acuerdo. —Rebatió el viejo con ese aire falsamente conciliador que le dio fama de cínico en el *campus*, revuelto por las próximas entrevistas del postgrado en las que Bernon competiría con Laurel—. Hay un millón de paragol-

pes sueltos en las calles de la ciudad que les demostrarán de lo que es capaz un buen sustantivo.

Las polémicas sobre la famosa frase se extendieron por la universidad y hubo un torneo de estudiantes bajo la convocatoria “Relaciones entre realidad y lenguaje”. Se calcularon los pasos de Bluma en la vereda del Soho, los versos de los sonetos que habría llegado a leer, la velocidad del vehículo; se debatió con celo sobre la semiótica del tránsito en Londres, el contexto cultural, urbano y lingüístico del segundo en que la literatura y el mundo colapsaron sobre el cuerpo de la querida Bluma. Yo debí suplantarla en el Departamento de Lenguas Hispánicas, ocupar su oficina y hacerme cargo de sus cursos, nada seducido por el rumbo de las discusiones.

Una mañana recibí un sobre dirigido a mi difunta colega. Traía sellos postales de Uruguay y si no fuera por la ausencia de remitente, habría creído que se trataba de una de esas ediciones de autor que solían enviarle, con la expectativa de que la reseñara en una revista académica. Bluma nunca hacía eso, salvo que el autor fuera lo bastante conocido como para sacarle algún rédito. Solía pedirme que se los llevara al depósito de la biblioteca, no sin antes anotar en la tapa “UTC” (*Unlikely to consult*: consulta improbable), que parecía condenarlo para siempre.

En efecto, era un libro, pero no el que esperaba. Apenas abrí el sobre sentí una instintiva aprehensión. Me dirigí a la puerta de la oficina, la cerré y volví a contemplar el desquiciado y viejo ejemplar de *La línea de sombra*. Conocía la tesis que preparaba Bluma sobre

Joseph Conrad. Pero lo asombroso era que la cubierta y la contratapa traían adherida una mugrienta costura. Los cantos de las páginas mostraban pequeñas partículas de cemento que derramaron un polvillo fino sobre la espejada madera del escritorio.

Saqué un pañuelo y atrapé, perplejo, una pequeña piedra. Era pórtland, sin duda, restos de mezcla que debían haberse pegado al libro con una solidez mayor, antes de un deliberado intento por quitarlas.

No había misiva dentro del sobre, apenas el mal-trecho libro que no me decidía a sostener en las manos. Al levantar la cubierta con los dedos, descubrí una dedicatoria de Bluma. Era su letra, escrita en tinta verde, apretada y redonda, como todas las cosas de Bluma, y no me costó descifrarla: "Para Carlos, esta novela que me acompañó de aeropuerto en aeropuerto, en recuerdo de los locos días de Monterrey. Lamento ser un poco bruja y haberlo advertido enseguida: nunca harías nada capaz de sorprenderme. Junio 8 de 1996".

Conocía el departamento de Bluma, la comida dietética que guardaba en la heladera, el olor de sus sábanas, el perfume de su ropa interior. Compartíamos su cama dos subjeses de departamento y un estudiante que se había colado a la lista. Y como los demás, estaba al tanto de su viaje a un congreso en Monterrey, donde debió mantener uno de esos romances fugaces que Bluma se regalaba para conservar su vanidad, amenazada por el abandono de la juventud, sus dos maridos y el sueño de recorrer en canoa el río Macondo, una obsesión que le había legado *Cien años de soledad*. ¿Pero por qué el libro regresaba, dos años des-

pués, a Cambridge? ¿Dónde había estado? ¿Y qué debía leer Bluma en los restos de cemento?

He sostenido en las manos aquellos maravillosos cuentos de hadas irlandeses, el *Irish Fairy and Folk Tales*, con prólogo de William Butler Yeats y las ilustraciones originales de James Torrance, la *Correspondance inédite du Marquis de Sade et de ses proches et de ses familiers*, he tenido oportunidad de sostener incunables por escasos minutos, abrir sus páginas, sentir su peso, el solitario privilegio, pero ningún otro libro consiguió confundirme como ese rústico ejemplar cuyas páginas, humedecidas y arqueadas, reclamaban, por sí mismas, una lectura.

Lo metí dentro del sobre, lo guardé en mi maletín y limpié el polvo del escritorio con el cuidado de un ladrón.

Durante una semana revisé los archivos de Bluma en busca de las direcciones que suelen repartirse en los congresos de críticos y escritores. Encontré la lista en una carpeta de color ocre, titulada: "Recuerdos de Monterrey". Ninguno de los dos escritores que viajaron de Uruguay se llamaba Carlos, pero tomé nota de sus direcciones y correos electrónicos. Me repetía que no debía involucrarme en la intimidad de Bluma y, a la vez, que un libro tan diferenciado e inútil, fuera del mensaje de cemento que sólo ella podría leer, merecía regresar a quien se lo hubiese enviado.

Coloqué el libro sobre el atril de una mesa de mi estudio y, confieso, durante algunas noches lo miré con intrigada ansiedad. Acaso porque la aspiradora de Alice no dejaba un gramo de polvo en los estantes más

altos de mi biblioteca, impensable en la alfombra o cualquiera de las mesas, el ejemplar desequilibraba el cuarto como lo haría un vagabundo en una fiesta del palacio imperial. La edición pertenecía a Emecé, Buenos Aires, y había sido impresa en noviembre de 1946. Con algún trabajo pude saber que integraba la colección "La puerta de marfil", dirigida por Borges y Bioy Casares. Debajo de la cal o el cemento, aún podía entreverse el dibujo de un barco, y lo que parecían unos peces, aunque no estaba seguro.

En los días siguientes, Alice colocó una franela debajo del atril para evitar que el polvillo ensuciara el vidrio y la cambiaba en las mañanas con esa muda discreción que, desde su primer día de trabajo, se había ganado mi entera confianza.

Los primeros *mails* de la Comuna de Nueva León no me aportaron nada. Me enviaron la lista de participantes que ya tenía, el programa de las actividades y un mapa de la ciudad. Pero uno de los escritores uruguayos me informó que había participado, en calidad de oyente, Carlos Brauer, un bibliófilo de su país al que vio salir de una cena acompañado por Bluma, ambos con varios tequilas encima, después de bailar unos increíbles vallenatos. "Le pido reserva —añadió—, ya que se trata de una indiscreción."

La imaginé bailar en un patio colonial, a la luz de las velas, una noche tórrida y definitivamente incierta, como suelen ser las noches en México, apurada en demostrar que podía ser gringa pero no patadura, seria pero no idiota, atildada, y también sensual. Luego la vi vacilar sobre una calle empedrada, de la mano del

hombre que la conducía, ¿acaso feliz?, mientras sus sombras se fugaban en oscuros portales.

El escritor me decía que Brauer se había mudado a Rocha, un departamento recostado sobre el océano Atlántico, y ya no supo de él, pero si le daba unos días podía averiguarme cómo contactar a un amigo.

Quince años es mucho tiempo y eran los que yo llevaba en Inglaterra. Cada tres, regresaba a Buenos Aires a visitar a mi madre, rehacer mis vínculos con amigos del pasado, y darme una ducha de idioma rioplatense entre la variada fauna porteña, pero prácticamente desconocía Uruguay. Conservo el vago recuerdo de un viaje en un vapor que cruzaba por la noche a Montevideo, cuando yo tenía cinco años y mi padre me levantaba en brazos; un amigo me había invitado a pasar pocos días en Punta del Este y no conocía Rocha. Apenas me hacía una vaga idea de dónde quedaba.

Las playas del sur argentino no me dejaron la impresión de un sucio parabrisas en un día de lluvia. Quizá el cielo excesivo, la intemperie de arena y viento, sumados a la historia de Carlos Brauer, anudaron las costas de Rocha a los parabrisas y a la horrible advertencia que regresa cada vez que alguien elogia mis bibliotecas. Todos los años regalo no menos de cincuenta ejemplares a mis estudiantes, pero no consigo dejar de sumar una nueva estantería, otra doble fila; avanzan por la casa, silenciosos, inocentes. No logro detenerlos.

Me pregunté muchas veces por qué conservo libros que sólo en un futuro remoto podrían auxiliarme, títulos alejados de mis recorridos más habituales, aquellos que he leído una vez y no volverán a abrir sus

páginas en muchos años. ¡Tal vez nunca! Pero, ¿cómo deshacerme, por ejemplo, de *El llamado de la selva*, sin borrar uno de los pocos ladrillos de mi infancia, o de *Zorba*, que selló con un llanto mi adolescencia, de *La bora veinticinco* y de tantos otros hace años relegados a los estantes más altos, enteros, sin embargo, y mudos, en la sagrada fidelidad que nos adjudicamos?

A menudo es más difícil deshacerse de un libro que obtenerlo. Se adhieren con un pacto de necesidad y olvido, tal como si fueran testigos de un momento en nuestras vidas al que no regresaremos. Pero mientras permanezcan ahí, creemos sumarlos. He visto que muchos fechan el día, el mes y el año de la lectura; trazan un discreto calendario. Otros escriben su nombre en la primera página, antes de prestarlos, anotan en una agenda al destinatario y le añaden la fecha. He visto tomos sellados, como los de las bibliotecas públicas, o con una delicada tarjeta del propietario, deslizada en su interior. Nadie quiere extraviar un libro. Preferimos perder un anillo, un reloj, el paraguas, que el libro cuyas páginas ya no leeremos pero conservan, en la sonoridad de su título, una antigua y tal vez perdida emoción.

Sucede que al fin, el tamaño de la biblioteca importa. Queda exhibida como un gran cerebro abierto, bajo miserables excusas y falsas modestias. Conocí a un profesor de lenguas clásicas que demoraba, adrede, la preparación del café en su cocina, para que la visita pudiese admirar los títulos de sus anaqueles. Cuando comprobaba que el hecho estaba consumado, ingresaba a la sala con la bandeja y una sonrisa de satisfacción.

Los lectores espiamos la biblioteca de los amigos, aunque sólo sea por distraernos. A veces para descubrir un libro que quisiéramos leer y no tenemos, otras por saber qué ha comido el animal que tenemos enfrente. Dejamos a un colega sentado en la sala y de regreso lo hallamos invariablemente de pie, husmeando nuestros libros.

Pero llega un momento en que los volúmenes cruzan una frontera invisible que se impone por su número y el viejo orgullo se transforma en una carga fastidiosa porque el espacio será siempre un problema. Me preocupaba por el sitio donde colocar un nuevo estante, cuando llegó a mis manos el ejemplar de *La línea de sombra* que regresa, desde entonces, bajo la forma de una perpetua advertencia.

Los períodos de examen, sin embargo, apartaron al libro de mi atención. Quedó en el atril mientras me ocupaba de mis cursos y de los de Bluma. Montañas de monografías y trabajos prácticos abrumaron esos días. Pero cuando comenzó el receso del verano, decidí adelantar la visita a mi madre, premiarme con la idea de devolver el ejemplar y hacer conocer al hombre que, entonces, nada significaba para mí, el desdichado fin de Bluma. Aunque no voy a negarlo: también deseaba su secreto.



Dos

Una semana más tarde llegaba a Buenos Aires, la hallaba más vidriada y moderna, a mi madre más vencida y también a mis amigos, como si el aturdimiento del tránsito, las luces, los televisores en los bares hallaran en el desánimo de sus habitantes el pulmón de donde la ciudad extraía el aire para crecer.

La avenida Santa Fe había desplazado el interés por Corrientes. Ahora contaba con grandes y paquetas librerías, megatiendas de discos, audio, libros, grandes confiterías y salas de cine y de teatro, a cuyas puertas se rendían las hileras de mendigos.

Los porteños caminaban con celulares al oído y manejaban sus autos con el aparato atrapado contra un hombro, hablaban con él en los colectivos, y en los supermercados, y mientras barrían las veredas, como si una fiebre oral se hubiera adueñado de sus vidas.

Una tarde fui a caminar al puerto, un paseo que solía hacer cuando vivía en Buenos Aires, entre grandes cabos de amura, viejos corralones de ladrillos a la vista, grúas, barcos, marineros y gaviotas. Lo hacía en cada viaje, tal si regresara a las páginas de un libro de juventud que preservaba a un tiempo la entrada y la espalda de la ciudad. Pero me encontré con soberbios

restaurantes, *lofts*, cafeterías y porteros de un mundo tan completamente transformado, exhibido y groseramente caro, que huí expulsado como una piedra.

Esa tarde, descubrí en el subte a una niña con un acordeón en la falda. La mirada triste, la ropa ajada durante unos segundos me llevaron a suponer que habría llegado de la provincia de Corrientes, Tucumán, Misiones, detrás de otros desamparados. Pero debió percibir mi interés porque sin quitarme los ojos de encima comenzó a tocar en el acordeón una melodía gitana que dio un giro inesperado a mis especulaciones. Terminó de tocar cuando el subte se detuvo en la primera estación y se bajó. No sé por qué tuve el impulso de seguirla. Había en sus ojos algo aciago, dulce, y tremendo, común al rincón que había desaparecido en el puerto. Pero me detuvieron las puertas. Me explicaron después que eran kosovares, y andaban por Buenos Aires en los colectivos y los trenes, con esos acordeones que los niños tocaban mientras el padre, o la madre, pedía limosna. La explicación, vulgar y conclusiva, parecía negarse el asombro con una resignación que anestesiaba su sentido. Buenos Aires siempre hallaba el modo de sorprenderme, pero algo sórdido se le había adherido con más celo que el cemento a las tapas de mi libro.

Algunos amigos me regalaron las novelas que acababan de publicar, pero apenas si conversaban de ellas. Discutían si Piglia o Saer tenían una estrategia para ubicarse en la continuidad de la literatura argentina, si ayudaba dejarse anunciar y luego faltar a la mesa de un debate o la presentación de un libro, si convenía “apuntar” a la crítica académica o a la de los diarios, ocultar-

se, jugar al fantasma, buscar editoriales modestas que se ocuparan del libro o brillar por un mes en una editorial española y desaparecer como una estrella fugaz en las mesas de novedades.

Sus aspiraciones literarias eran una política y, de un modo más decisivo, una táctica militar, empeñados como estaban en derrumbar los muros del anonimato, una barrera infranqueable a la que apenas unos pocos superaban en condición de privilegiados. Había rutilantes estrellas en el mapa de las letras, tipos que de la noche a la mañana se cubrían de dinero con libros pésimos, amparados por las editoriales, los suplementos, el marketing, premios literarios, películas horribles y las vidrieras de las librerías, que cobraban sus espacios de exhibición. Y todo eso asomaba en la mesa de los bares como un abigarrado campo de batalla que un escritor debía atravesar ya no en la aventura de la escritura, aunque algunos la iniciaban allí, sino apenas concluida. Los editores se quejaban de la ausencia de buenos libros, los escritores, de “la bosta” publicada por las grandes editoriales, y cada cual tenía un reclamo indignado, una justificación de su fracaso, una ambición desesperada. En Buenos Aires, los libros se habían convertido en centro de una alucinada guerra de estrategias, talento de ubicuidad y poder.

A la semana me embarqué en el aliscafo y crucé el Río de la Plata hacia la orilla ignorada. El río estaba pardo y tranquilo, y a medida que me alejaba de Buenos Aires me parecía recuperar una proporción que en la extensión de agua y horizonte me devolvía el alienato, un espacio interior.

La llegada al puerto de Montevideo fue discreta y reparadora. La ciudad entraba al río con una decisión desprotegida que daba a los pocos edificios altos un aire de grúas, similares a las de un gran pesquero encaillado, y la bahía, coronada sobre el extremo opuesto por un cerro bajo, reverberaba con un recogimiento maternal.

Horas después entraba a un comercio en el casco viejo, donde me aguardaba Jorge Dinarli, dueño de una de las librerías mejor abastecidas de ediciones antiguas. Un empleado me condujo por un amplio salón de estilo colonial hasta el penumbroso escritorio tapizado de libros, sumergidos en la sombra que les proporcionaba el aro de la lámpara, baja e inclinada sobre un cartapacio verde. Me recibió un hombre canoso, que conversaba con una voz en extremo baja, y cuyo nombre me había pasado el escritor que viajó a Monterrey.

En efecto, conocía a Brauer desde hacía años, aunque sólo había tenido con él un trato profesional, igual que con otros bibliófilos de la ciudad.

—Gente de dos clases, si me permite explicarlo: unos, coleccionistas, dedicados a acumular ediciones raras, la revista de Horacio Quiroga en Salto, los libros de Borges y cada uno de sus artículos en las revistas; impresiones de Colombo, el editor de Güiraldes, o las exquisitas encuadernaciones firmadas por Bonet, aunque no vayan a abrirlas más que para mirar las páginas, como se contempla, digamos, un objeto bello, una pieza cara. Otros, muy lectores, como es el caso de Brauer, que a lo largo de su vida han reunido bibliotecas importantes. Apasionados, capaces de pagar

no poco dinero por un libro con el que pasarán muchas horas, sin otra preocupación que estudiar y entender.

Verá, quizá no sea la persona indicada para hablar de Brauer. Hay otras más allegadas, que lo conocieron bien, y sabrán comentarle lo ocurrido, en especial Agustín Delgado, cuyo teléfono le voy a pasar. Yo apenas puedo decirle generalidades.

Dinarli dijo “lo ocurrido” con la vista baja y una repentina incomodidad. ¿Aludía a su mudanza a Rocha? ¿Había algo más? Abrió mi maletín, extraje el sobre y deposité el libro sobre su escritorio.

Clavó los ojos en él y permaneció unos segundos inmóvil, sin animarse a tocarlo.

—Vine a devolverle este ejemplar —dije, atento a la impresión que le causaban mis palabras. Entonces se inclinó y lo miró de cerca.

—¿De dónde lo sacó?

—Llegó a mi oficina, en la universidad de Cambridge. No para mí, sino para una colega. Pero viajó demasiado tarde y me propuse devolverlo.

—Bueno, no sé si será posible.

—¿Queda muy lejos Rocha?

—No es la ciudad de Rocha. Fue cerca de La Paloma. Pero creo que ya no está ahí.

—¿Por qué?

—Le ruego, por favor, que guarde eso —dijo Dinarli y señaló el libro. Lo volví a meter en el maletín, doblemente intrigado.

—Mire, es un asunto que conocí de oídas. No me atrevo a decirle nada. Usted debe hablar con Delgado.

Él le dirá. Debe llamarlo después de las diez de la noche, o a la mañana temprano. Le voy a dar su teléfono. No se preocupe. Tiene en su poder algo infortunado. Ya lo comprenderá. No sé qué hará con él. No sé qué haría yo con un libro como ese. No se ofenda. Aquí amamos los libros —agregó y señaló sus bibliotecas—. Quiero decir: usted debe hablar con Delgado.

Abrió su agenda y anotó un número sobre el revés de una de sus tarjetas.

—Yo sólo puedo contarle tonterías. Lo conocí hace años en un remate, porque Brauer se hizo con el viejo Martel. Sé que trabajaba en el Ministerio de Relaciones Exteriores y si Martel no levantaba su lápiz mientras se ofertaba un lote, Brauer o Delgado compraban. Literatura americana, por lo general. Pero había que esperar la decisión del viejo, infaltable donde oliera una oportunidad. Martel lo apadrinó un poco, al comienzo, dándole lo que no le interesaba especialmente. Usted debe saber, en un lote llega todo mezclado. Ediciones sin valor y auténticas joyas. Libros de los que se tiraron trescientos, quinientos ejemplares, y con el tiempo se han vuelto muy difíciles de hallar, y, desde luego, también muy caros. Se suponía que la revolución de la imprenta iba a acabar con eso. Una máquina para reproducir ejemplares por miles, cientos de miles. Pero ya ve. El tiempo trabaja. El tiempo y la idiotez con que los encuadernadores de hoy guillotinan las páginas de viejos libros para emparejarlas, por ejemplo, sin saber que rebanan cientos de dólares, parten un rubí, le quitan plumas a la Victoria de Samotracia, si me permite la indignación. No consigo

convencerlos de que abandonen el oscuro placer de la guillotina.

Dinarli se sobrepuso y retomó la voz baja con la que me recibió. El tema lo incomodaba y parecía dudar del destino de sus palabras.

—Lo de Brauer era literatura —continuó—, sobre todo ediciones españolas, libros de arte, la novela del siglo XIX, mucha francesa y rusa. En eso andaba. Me compró una vez unos folletos de los hermanos Carreras, de los que interesaban a Neruda, que hace años solía venir por aquí, si usted recuerda, por un asunto...

—Tenía una amante, creo que en Atlántida —le ayudé a decir.

—Bueno, pasaba por acá, siempre interesado en los folletines de los Carreras, que editaban a lomo de mula, en plena revolución chilena. Pero el caso es que Brauer, una vez, me ofreció una colección de la revista *Martín Fierro*, que había duplicado. Tuvimos un buen trato. Era un estudioso, sin duda. Las revistas venían escritas en los márgenes, llenas de comentarios y notas, no muy prolijas, es cierto. Pero eso le da la clave de que más que un coleccionista, era un estudioso al viejo estilo, como Martel, Horacio Arredondo, Simón Lucuix. Al menos puedo asegurarle que lo fue.

Sé que vivía en una casa grande, sobre la calle Cuareim, aunque nunca estuve ahí. Antes de que se mudara, antes de que tomara esa decisión incomprensible, conversamos sobre su colección mexicana. No se preocupe. Se lo dirá todo su amigo Delgado. Mire, nosotros podríamos haberle comprado la biblioteca. Sé que era muy importante y, con el tiempo, he sabido

que contenía volúmenes muy raros aunque, como le digo, no llegué a verlos. Sólo de oídas me enteré, por ejemplo, que tenía libros completos de León Pallière y de Vidal, con los grabados, que hoy valen alrededor de veinte mil dólares. Pero la gente inventa cuando sucede algo fuera de lo común, y entonces ya no es posible saber, con seguridad, qué hay de cierto y de fantasía. Lo mejor es que se dirija a Delgado aunque, le soy sincero, dudo que pueda cumplir su cometido. Creo que nadie sabe dónde ha ido Brauer. Ahora, si no se ofende, le ruego que no pierda tiempo conmigo.

Dinarli se levantó y lo vi titubear, mientras rodeaba su escritorio.

—Si me permite una intromisión —dijo—, le sugiero que sea delicado al mostrarle ese libro a Delgado. Lo descubrirá enseguida, es un ser algo especial.

Me acompañó hasta la puerta de su oficina. Me entregó la tarjeta y me deseó suerte.

De regreso al hotel, la confusión inicial se había disipado y entendía que *La línea de sombra* me había conducido a un páramo de aguas enrarecidas. Anduve por esa ciudad discretamente sucia, discretamente antigua, discreta hasta en la vocación de sus habitantes. Me impresionaba el tránsito cansino de los ómnibus, la amabilidad de los mozos en los bares, los encargados del hotel, los taxistas, como si un tiempo detenido y mohoso ocultara bajo la serena cautela un denso entramado de secretos.

Es posible que me hallara bajo el efecto de una frase del prólogo a esa edición que no conseguía entregar y se hacía, hora a hora, más inquietante. Conrad no ha-

bía conocido, en sus viajes, Montevideo, pero para desmentir una clave fantástica en su relato, afirmaba: “El mundo de los vivos encierra ya por sí solo bastantes maravillas y misterios; maravillas y misterios que obran por modo tan inexplicable sobre nuestras emociones y nuestra inteligencia, que ello bastaría casi a justificar que pueda concebirse la vida como un sortilegio”.

No conseguía apartarla de mi mente mientras revisaba las palabras de Dinarli, la impresión que me había causado su escritorio, y la proa gigantesca de un barco al fondo de una calle colmada de tránsito, bancarios y quioscos de revistas; todo agolpado y fuera de escala, la proa roja, la ciudad gris, como dos mundos incrustados, uno en el otro, que los volvía, de algún modo, inverosímiles.



Llamé a Delgado a las once de la noche. Se mostró sorprendido, accedió a recibirme en la tarde del día siguiente y me dio su dirección, en un barrio llamado “Punta Carretas”, dos nombres que debí conciliar con algún esfuerzo.

Delgado había dicho “mi estudio”, pero apenas llegué al moderno edificio, subí al quinto piso y me abrió la puerta, comprendí que me había hecho una idea por completo equivocada. Alto, flaco, con un amo azul y corbata negra, Delgado me hizo pasar a una amplia sala cuyas ventanas biseladas daban a la calle. Observó, orgulloso, mi asombro. Enormes vitrinas recorrían las paredes, del piso al cielorraso, cargadas de libros. No sólo en esa sala, también en la contigua. Me guió por el piso entero, y de una habitación a otra, hallé vitrinas similares, atestadas de colecciones, anaquel giratorios que, en los pasillos, sostenían grandes diccionarios, discos de pasta que colmaban los armarios, libros en el baño, en el cuarto de servicio, en la cocina, en las habitaciones del fondo. Supuse que no vivía ahí, lo que se encargó de explicarme cuando nos sentamos en dos grandes sillones de la sala, frente a un equipo de música.

—Vivo en el piso de arriba —me dijo—, con mi mujer y hasta hace poco, mi hijo. Alguna vez pensé en construir una escalera interna para comunicar los pisos pero me di cuenta, a tiempo, que no debía contaminar los libros con la vida doméstica. Necesariamente se ensucian.

Había cruzado las piernas y podía ver un palmo de piel delicada y blanca entre el soquete, fino, y el bajo del pantalón, un detalle, se me ocurrió, que de haberlo advertido, se habría encargado de evitar. Su cara recién afeitada, el cabello entremezclado de canas y un aire de exacerbada pulcritud me aconsejaron ser cuidadoso.

—¿Cuántos volúmenes tiene aquí? —le pregunté.

—A decir verdad, ya no llevo la cuenta. Pero presumo que alrededor de dieciocho mil. Desde que tengo memoria, comencé a comprar un libro y otro. La biblioteca que se arma es una vida. Nunca, digamos, una suma de libros sueltos.

—Me gustaría comprenderlo —le rogué.

—Usted los acumula en los estantes y parecen una suma, pero si me permite, se trata de una ilusión. Seguimos ciertos temas y al cabo de un tiempo, uno termina por definir mundos; por dibujar, si prefiere, el recorrido de un viaje, con la ventaja de que conservamos sus huellas. No es sencillo. Es un proceso en el que completamos bibliografías, preocupados por la referencia a un libro que no tenemos; lo conseguimos, nos dejamos conducir a otro. Aunque, debo confesarlo, soy un lector muy limitado. Necesito leer todo el aparato de notas, aclarar el sentido de cada concepto,

y por eso, difícilmente me siento a leer un libro sin veinte detrás, a veces para completar la interpretación de un solo capítulo. Desde luego, esa ocupación me apasiona.

Esbozó una sonrisa cómplice que acepté sin dificultad.

—Pero por desgracia —dijo—, ¿cuántas horas diarias puedo dedicar a la lectura? A lo sumo cuatro, cinco horas. Veo. Trabajo de las ocho de la mañana a las cinco de la tarde en un puesto de responsabilidad. Pero desespero porque llegue la hora de entrar aquí. Una cueva, si me lo acepta, y pasar un tiempo dichoso hasta las diez, cuando habitualmente subo a cenar.

No me interesan las primeras ediciones sino tener el libro al alcance de la mano en las mejores condiciones posibles, porque de otro modo, la ansiedad me golpea. Estas bibliotecas que usted ve son de lapacho, una madera que no tiene grietas por donde puedan entrar bichos; los estantes los encargué especialmente: son diez láminas de madera dura, pegadas con una cola que rechaza los insectos, y si les hice colocar vitrinas es porque los libros acumulan, como es obvio, mucho polvo. De tanto en tanto, sin embargo, y por las dudas, debo hacerlos fumigar porque nunca se sabe. Los peces de plata enloquecieron a Brauer.

—¿Tenía sus libros en vitrinas? —aproveché mi oportunidad.

Sonrió y quedó en silencio unos segundos.

—Los tenía de cualquier manera porque carecía de medios para preservar su impresionante obra. Yo discutía mucho con él sobre ese asunto. Pero Brauer

siempre fue un lector compulsivo. Plata que tenía, iba a parar a los libros. Desde que lo conocí, hace años, en los puestos de libros en Tristán Narvaja, supe que se trataba de un incurable. Lo descubre, usted, en la piel, ligeramente apergaminada, de los adictos.

Regresé la vista al fino tobillo de Delgado. Amarillo y ligero, efectivamente, como un pergamino. Notó mi repentino interés porque de inmediato corrigió el pantalón.

—Él tenía un cargo de cierta relevancia en el Ministerio de Relaciones Exteriores —continuó—, vivía solo en su casa de la calle Cuareim y devoraba cuantos libros llegaban a sus manos junto a innumerables paquetes de pastillas y caramelos que regaban los pisos de sus habitaciones. El hábito de los caramelos sustituía el del cigarrillo, que los médicos le habían prohibido, y era tan abrumador como su pasión por los libros, reunidos en largas bibliotecas que ocupaban los cuartos, del piso al techo, de extremo a extremo; se apilaban en la cocina, el baño, y también en su dormitorio. No el original, porque de allí había sido desalojado, sino en el altillo a donde había ido a dormir, junto a un pequeño baño. La pared de la escalera que conducía hasta ahí también cargaba libros, y la literatura francesa del siglo XIX velaba, digamos, su magro sueño.

Tuvo colecciones completas de antiguas revistas, mucha historia clásica, casi toda la literatura rusa del siglo XIX, colecciones de literatura americana, libros de arte, ensayos de filosofía y comentarios sobre esos ensayos; todo el teatro griego y el isabelino, la poesía

peruana hasta mediados del siglo XX, varios incunables mexicanos, primeras ediciones de Arlt, Borges, Vallejo, Onetti, y de Valle Inclán, sin contar las enciclopedias, diccionarios, folletos y ediciones de los viajeros por el Río de la Plata.

Llegó a tener tantos volúmenes —creo que superó los veinte mil— que el living, nada pequeño, acabó cruzado por estanterías similares a las de las bibliotecas públicas. El baño tenía libros en todas las paredes menos en la ducha y si no se estropeaban era porque había dejado de bañarse con agua caliente para evitar el vapor. En verano o invierno, sus duchas eran de agua fría.

Delgado se acarició la nuca y sonrió sin mirarme. —¿Sabe qué llegó a hacer? —me miró, finalmente—. Le regaló el auto a un amigo para poder ocupar el garaje. No tuvo suerte con el cambio. Al año hubo un invierno terrible y las goteras le estropearon una colección de *Summa Artis*, que tiene un papel muy fino, satinado, y se malogró definitivamente. Como yo tenía dos juegos, le repuse uno.

—Contaba, presumo, con un buen pasar económico... —me animé a decir.

—Tuvo la suerte de jubilarse a una edad temprana y recibió una herencia de la madre. Precisamente, discutimos mucho por el destino de ese dinero. Le insistí que no lo gastara en los remates sino en la conservación de sus bibliotecas. Pero ya le dije: era un lector voraz y pasaba, no cuatro horas, sino gran parte del día y toda una noche con los libros. Sus ediciones quedaban fatalmente manuscritas.

Yo no marco los libros. Hago las anotaciones aparte y las introduzco en las páginas mientras trabajo. Luego las saco y las arrojo al canasto.

—¿Por qué no las conserva? —pregunté asombrado.

—Mire. No escribe cualquiera. Es decir: no debería hacerlo. Apunto las cosas que me interesan. Asociaciones. Las indicaciones que me llevan a otros libros y alguna que otra reflexión. Son las notas de un lector. Por ejemplo: esta metáfora de Quevedo pide compararse, por su forma, con la de Ben-Quzmán, en la antología del árabe andaluz (Consultar la edición de Gredos), y por la figura de los pájaros, que le concierne, con la simbología de las aves en la obra de Lope de Vega (Confer: colección del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España). ¿A quién podría interesarle algo como eso?

Le confieso que algunas reflexiones me han tentado, pero un lector es un viajero por un paisaje que ha sido hecho. Y es infinito. El árbol ha sido escrito, y la piedra, y el viento en la rama, la nostalgia por esa rama y el amor al que prestó su sombra. Y no encuentro una dicha mayor que recorrer, en pocas horas diarias, un tiempo humano que, de otro modo, me sería ajeno. No alcanza una vida para recorrerlo. Le robo la mitad de una frase a Borges: una biblioteca es una puerta en el tiempo.

A menudo solíamos conversar con Brauer sobre estas cosas. Le pedía que no arruinara ediciones muy valiosas con sus horribles garabatos. Desde luego, no me hacía caso. Yo lo acusaba de ser insensible y él, de mojigato, asuntos que nos reprochábamos, debe enten-

der, con total confianza. Decía que si escribía en los márgenes y subrayaba, a menudo con varios colores cifrados, lograba poseer el sentido. Creo no molestarlo si repito una de sus expresiones, un tanto groseras: “yo cojo con cada libro y si no hay marca, no hay orgasmo”. A mí, en cambio, el garabato siempre me pareció una brutalidad similar a la jactancia de sus palabras. Disfruto enormemente abrir una edición en cualquier parte y que no queden páginas alzadas, contemplar un buen interlineado, la tipografía, los anchos márgenes blancos; abrir, en cada cumpleaños, un libro intonso.

Delgado se interrumpió, como si acabara de hacer una confesión imprudente. Pero se repuso de inmediato y agregó:

—Nada de eso le importaba a Brauer, a su orgullo canibal, a su progresiva voracidad.

Volvió a interrumpirse con un gesto amargo. Lo disimuló poniéndose de pie. Se apuró a excusarse por no haberme ofrecido nada y se dirigió a una pequeña cafetera eléctrica.

—Me decía que lo enloquecieron los peces de plata —dije cuando terminaba de extraer de un pequeño bar, dos tazas de porcelana.

Alzó una ceja y terminó de preparar el café.

—Los tenía por cientos, tal vez miles dentro de las bibliotecas. Durante un tiempo los controló con fumigaciones que contrataba, cada seis meses, un año, a lo sumo. Habían comenzado a arruinarle obras importantes. Los detuvo, sí, pero no los erradicó. Usaba tabloncillos de madera rústica, tenía una empleada no muy joven que no se animaba a despedir y hacía tiem-

po había dejado de llegar con la escalera a los rincones de las polillas y, le digo con toda sinceridad, tenía demasiados libros en aquella casa. Hubiera necesitado una fortuna para mantenerlos a resguardo de la humedad, los peces de plata, la polilla, el polvo, las arañas. De alguna forma, su ambición se había vuelto incontrolable. Me reprocho el escaso tiempo para dedicar a la lectura. Pero imagine a un hombre que tiene todo el día y si quiere, la noche. Y dinero para comprar los libros que desea. No tiene límite. Está a merced de su deseo. ¿Y qué quiere el deseo? Si me permite una observación..., hallar su límite. Pero no es fácil encontrarlo así. Más que un viajero, Brauer era un conquistador. Se había convertido en eso. Quiero decir: perdía los escrúpulos en los remates. Escrúpulos y amigos. Varios colegas se resintieron al perder lotes que aguardaban desde hacía tiempo e iban a parar a las manos de Brauer, sin chance de contraofertar una suma superior a la que él ofrecía.

Pero no fue sólo eso. Llegó un momento en que el dinero le empezó a escasear. Tampoco era millonario. Digamos que halló, por fin, un límite. Dejó de pelear los precios y, finalmente, de frecuentar los remates. Hubo otra cosa. Su ex mujer, al cabo de muchos años, le reclamó un dinero, por intermedio de un abogado, y lo peor: se vio enfrentado, por primera vez, a la necesidad de vender la casa y mudarse.

—No me comentó que hubiese estado casado.

—Él no hablaba del tema. Había sucedido mucho antes que yo lo conociera y las pocas veces que rozamos el tema no me proporcionó detalles.

Delgado se interrumpió mientras me servía la taza de café y me miró por el rabillo del ojo.

—Ni siquiera le pregunté por qué está, usted, acá. Me bastó que lo enviara Dinarli..., comprenderá que no iba a insistir en un tema seguramente doloroso.

Había encontrado el modo de preguntármelo. Pero disfruté demorar mi respuesta, con una alevosía que no sé explicar. Llevábamos un buen rato de conversación y todavía no había rastros de los motivos que llevaron ese ejemplar de *La línea de sombra* a la oficina de Bluma. Presentía, sin embargo, que me acercaba de un modo imperceptible, como se movía, pese a la tenebrosa calma del océano, el velero Otago, en la novela de Conrad.

—Tampoco hablamos mucho sobre un asunto —aceptó Delgado mi demora—, que obviamente, le resultaba fastidioso. El motivo podía ser uno u otro, pero lo que parecía claro era que su situación había llegado a un punto sin retorno. Se sentía atrapado por los libros. ¿Cómo mudar semejantes bibliotecas? ¿Cómo evitar desprenderse de ellas? Les había dedicado una vida. Eran su obra. Pero fuera de unos pocos amigos que la frecuentábamos, algunas madres del vecindario que cada tanto enviaban a sus hijos para consultar algún libro con el que salvar una tarea del liceo o la facultad, su obra comenzaba a resultarle una pesadilla.

¿Qué iba a hacer? Podía ofrecérsela, en el caso de que decidiera desprenderse de ella, al Municipio, o al Ministerio, o a la Facultad de Humanidades. El Estado uruguayo ha comprado muchas bibliotecas impor-

tantes que pusieron a salvo un rico patrimonio. Pero muchas de ellas, lo digo con vergüenza, han sido saqueadas, luego, de la manera más inconcebible. Gente que vino a robar, acá, obras valiosas. Un gran bibliófilo argentino mandó robar un impreso de *El Misionero*; los impresos de las misiones son rarísimos, y en la Biblioteca Nacional había uno. Lo robaron y se lo llevaron a este señor, cuyo nombre no interesa mencionar. Años después sus libros fueron vendidos a la Biblioteca de Lima y el documento terminó ahí.

Así que Brauer no podía pensar en ese destino sin temor a ver dilapidada su obra. En la Facultad de Humanidades también saquearon importantes documentos de la biblioteca de Horacio Arredondo; otros se extraviaron. No era concebible un destino así. Pero los volúmenes ya ganaban los bajos de la cama, se apiaban en los pasillos, parecían reptar por la casa con vida propia.

Recuerdo que durante un tiempo, pese a lo insostenible de la situación, se dedicó a actualizar sus ficheros. Ya no hallaba los libros que buscaba. Y eso comenzó a pasarle con regularidad. Un libro que no se encuentra, suele decir la gente, es un libro que no existe. Pero es peor que eso.

Tenía un viejo mueble de caoba, como el de las antiguas oficinas, con cierre corredizo y cajones donde agrupaba las fichas, igual que en las bibliotecas públicas. Veinte mil volúmenes no se ordenan así no más. Hace falta tener un estricto respeto por el orden, un respeto casi sobrehumano, le diría, y un método, un tiempo dedicado a la infeliz tarea de catalogar

obras cuyo significado es bien distinto a los números que la identificarán. Pero ahí pondrá el título, el autor, y el breve resumen que tiene, para usted, un significado único. Si quiere ir al Amazonas debe preparar un montón de detalles alejados de lo que vivirá, pero sabe, lo conducirán ahí o le serán de utilidad. Si usted quiere escribir un poema, necesita un papel y una grafo que funcione, así como si quiere enamorar a una mujer, deberá hallarse preparado en muchos órdenes diferentes y acaso, ingratos, como cortarse, por ejemplo, las uñas de los pies. Cuando se tiene una biblioteca como la de Brauer, el fichero es imprescindible. Un hombre puede conquistar muchas lecturas, pero un conquistador se halla obligado a administrarlas.

No le gustaba a él, siempre ávido por devorar una lectura detrás de otra. Su fichero estaba atrasado, creo que demasiado. Yo no creía que fuese a lograrlo, pero al cabo de unos meses me dijo que lo tenía prácticamente resuelto. “Lo peor de todo —me comentó—, lo que más trabajo me lleva, es el tema de las afecciones”.

Fue la primera señal de que algo no marchaba bien. Aquí mismo, donde está sentado usted, una tarde me explicó el trabajo que le llevaba no juntar sobre un estante dos autores peleados. No se atrevía a colocar un libro de Borges al lado de uno de García Lorca, por ejemplo, a quien el argentino calificó de “andalúz profesional”. Tampoco una obra de Shakespeare junto a otra de Marlow, dadas las insidiosas acusaciones de plagio entre los autores, aunque eso lo obligara a no respetar los números seriados de cada volumen en su colección. Tampoco, desde luego, un libro de Martín

Amis y otro de Julián Barnes, luego que los dos amigos se pelearon, o ubicar a Vargas Llosa junto a García Márquez.

Callé, le digo, con tristeza, las señales de que mi amigo sufría una alteración mental. Me explicó que trabajaba en un sistema de números fractales, lo suficiente abierto para permitir el cambio de ubicación de los libros según criterios dinámicos —nunca conjeturales, enfatizó—, porque al fin de cuentas nada había más voluble que las valoraciones literarias. De modo que si hallaba atendibles razones que rescataban una obra del olvido, o conquistaba una nueva afinidad con otros textos, cambiaba su disposición en los anaqueles. Defendió el fin del fichero temático con tal vehemencia que por unos días logró confundirme.

Desde luego, una cosa era poder ubicar los tomos y otra colocarlos juntos o separados. Pero insistía en que los libros afines merecían permanecer agrupados bajo otro orden que el de la vulgaridad temática.

“Durante siglos hemos utilizado un sistema pedestre —dijo entonces—, insensible al orden real de las afecciones. Quiero decir que *Pedro Páramo* y *Rayuela* son dos obras de autores latinoamericanos, pero para seguir el camino de una es necesario ir a William Faulkner y la otra nos lleva a Moebius. O para decírtelo de otro modo: Dostoievsky acabó siendo más afín a Roberto Arlt que a Tolstoi. O para insistir, Hegel, Victor Hugo y Sarmiento merecen estar más juntos que Paco Espínola, Benedetti y Felisberto Hernández.”

Nunca logré visualizar cómo era el sistema de clasificación de Carlos porque debí internarme para some-

terme a una operación y dejé de verlo por varios meses. Pero amigos comunes me pusieron al tanto de que trabajaba en su fichero, dedicaba muchas horas al estudio de las matemáticas complejas y, para asombro de la mayoría, advertían en él no sólo signos de agotamiento; también de locura.

Delgado se puso de pie y salió de la sala. Regresó con una foto en la que se veía a un hombre de unos cincuenta años, sentado junto a una mesa redonda colmada de libros, de espalda a una pared de ladrillos donde trepaba una enredadera. El sol iluminaba un rostro de rasgos finos y ojos vehementes, con el cabello desordenado hacia atrás. Estaba en mangas de camisa, con las piernas cruzadas y exhibía un aire de rudeza que no esperaba.

—Se la tomé en el fondo de su casa —dijo Delgado después de un breve silencio.

—No usaba anteojos —observé.

—Tenía una vista privilegiada. Busque un detalle que anuncie lo que voy a decirle. No lo encontrará.

Un amigo lo halló cenando frente a una magnífica edición de *El Quijote*, depositada sobre un atril, y detrás de una copa de vino blanco. Si me entiende, no la que sostenía en la mano, sino la que correspondía, curiosamente, al libro.

Otro tuvo una revelación aun más extraña. Debíó subir al baño del altillo porque el de abajo estaba roto, y al pasar frente a la puerta abierta de la pieza vio sobre la cama, prolijamente tendida, una veintena de libros, pero dispuestos de tal manera que reproducían, con volúmenes y ángulos, la figura de un cuerpo hu-

mano. Asegura que era perceptible la cabeza, rodeada de pequeños libros de cubiertas rojas, un torso, la forma de los brazos y las piernas. ¿Una mujer? ¿Un hombre? ¿Un doble? Lo discutimos. Nadie podía afirmarlo ni revelar su sentido. Ni siquiera pudimos saber si los títulos habían sido escogidos. Pero este amigo creía haber reconocido un volumen del Conde de Siu-ruela; en la cabeza: los Breviarios del Fondo de Cultura Económica; en las piernas: varios Losada.

No sabemos lo que hacían esos libros en la cama, o lo que hacía él con ellos. Nadie se atrevió a preguntárselo porque la escena estaba montada en la intimidad del cuarto. Pero para mí quedó claro que el tema de las afecciones lo había llevado demasiado lejos y se le había vuelto incontrolable.

—¿Los vio algún otro?

—Sólo ese amigo —continuó Delgado. Lo contó con la mayor reserva. Quedamos perplejos. ¿Qué camino había hallado, un hombre inteligente como él, hacia los libros? ¿Jugaba con ellos, igual que una niña con sus muñecas? ¿Los organizaba con una meditada especulación sobre su sentido? ¿Buscaba confrontarse con una figura de papel y tinta? No lo sé. Pero lo que terminó por golpearlo fue un accidente que nunca se perdonó y de cuyo destrozo fui testigo involuntario.

Desde hacía dos meses, me habían dicho, Carlos se daba el gusto de leer los franceses del siglo XIX a la luz de las velas, para lo cual utilizaba un candelabro de plata. Tiempo atrás habíamos conversado sobre eso porque también yo disfruto leer a Goethe mientras en

el equipo de música suena una ópera de Wagner o, digamos, acompañar a Baudelaire con Debussy. Es parte del viaje y le puedo asegurar que el goce es superior, en todos los sentidos. Acaso sepa que cuando leemos en voz baja, emitimos el sonido de las letras en una frecuencia imperceptible. Pero no callamos el sonido. La voz está ahí, baja, nunca ausente. Ejecuta la línea como la partitura un instrumento y le puedo asegurar que es tan esencial como el sentido de la vista. Eso crea un tono, una melodía que recorre las palabras y fraseos, de modo que cuando le suma música, a un volumen suave, se genera un contrapunto armónico en la profundidad del tímpano entre su propia voz y la de los parlantes. Si se pasa unos decibeles, la música cubre su voz y mata la del texto. No sólo eso, lo engaña. Una mala prosa, acompañada por un buen concierto, puede hacerla parecer mucho mejor de lo que es.

Bromeábamos con la idea de sumar la luz de las velas, sólo en el caso de las obras anteriores a la luz eléctrica. Puede parecerle una excentricidad, del todo innecesaria, pero prueba iluminar un cuadro al óleo con velas y advertirá que cobra un aspecto completamente distinto al de costumbre, por mejor iluminado que esté. Es un cuadro nuevo, las sombras cobran vida y se diría, ya no hay diferencia esencial entre la luz que nace de los pigmentos y el aceite, y el cuarto donde se encuentra. Los espacios se prolongan y usted ingresa a una dimensión reveladora.

Algo similar ocurre con ciertos libros porque una página es, también, un formidable dibujo. Un juego de líneas y pequeñas figuras que se reiteran, de vocal en

consonante, con sus propias leyes de ritmo y composición, y nunca es indiferente el cuerpo, la letra elegida, la medida de los márgenes, la solvencia del papel, la numeración a la derecha, centrada, la infinidad de detalles que le dan su prestancia. Por nueva que sea la edición y blanco el papel, a la luz de los cirios se tiñe de una pátina que introduce valores, matices, con maravilloso encanto. Y cómo se disfrutaban los corredores.

—¿Qué corredores? —pregunté turbado.

—Mire, es una vieja discusión. Nadie sabe con seguridad si se trata del talento del autor o de las bondades de la edición. Las opiniones están divididas. Pero a muchos lectores le basta mirar los corredores para saber si un libro es bueno y merece su lectura.

Delgado fue hasta su biblioteca, sacó una antigua edición de *Eugenia Grandet* y me la puso en las manos. Me pidió que la abriera y buscara, en cualquier página, calles verticales o diagonales, dibujadas por las separaciones entre las palabras. En efecto, descubrí largas calles que se prolongaban de línea en línea, cruzaban los párrafos, en ocasiones se interrumpían y retomaban un trayecto diagonal, de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, o en caída libre.

—Un escritor sin ritmo en el fraseo no puede lograr eso. Si estropea la lengua con dos o tres palabras mayores de cuatro sílabas, en una sola frase, necesariamente romperá la calle y desde luego, también el ritmo. Usted las busca en la página y no las encuentra. Una torpe edición, con una caja demasiado chica o demasiado ancha, violentará también esas figuras que el ojo contempla, digamos, en secreto.

Brauer se inclinaba a pensar que el fenómeno daba la medida del escritor, la jerarquía de un estilo. Pero yo no estoy seguro.

Le entregué el libro, sugestionado, después de comprobar que los corredores se repetían de página en página, y formaban extrañas figuras.

—Habló de un accidente —le recordé.

—Sí. Coincidió mi regreso a la actividad con la noticia de que Carlos, precisamente, iluminaba sus lecturas con cirios, y no hacía más que alentar a los demás a imitarlo. Nunca con un autor del siglo XX, que en ese caso encendía la luz eléctrica y, por supuesto, también cambiaba de música. Pero él era un gozador de la novela decimonónica y tenía muchos discos capaces de acompañarla.

Una noche se excedió con el vino, otra buena compañía, aunque peligrosa, y olvidó el candelabro sobre el fichero. Debió caer una de las velas porque despertó asfixiado por el humo y vio llamas en la sala del frente. Fue una suerte que durmiera arriba porque el humo, como usted sabe, tiende a subir.

En la tarde del día siguiente lo hallé frente al fichero quemado, porque ni siquiera vino a recibirme a la puerta. El piso estaba encharcado de agua, tenía cara de no haber dormido en toda la noche y su desconuelo era tremendo.

De milagro, no ardieron las bibliotecas y acabó el episodio en tragedia. Pero había perdido el archivo, una parte quemada y otra estropeada por el agua. Me gritó que pasara y estaba, como le digo, derrumbado en una silla con la vista fija en las negras marcas del

fuego sobre lo que restaba del mueble. Acaba de extrañar la localización de gran parte de los volúmenes y hasta su sentido de permanecer en tal o cual estante, como no lo recordara su memoria. Era una tragedia para él y lo acompañé en silencio, con unos pocos alientos que rechazó de inmediato. Permanecía con las manos entre las rodillas, los cabellos volcados a cada lado de la frente y la vista ofuscada, detenida en una de las patas del fichero. No le iba a pedir cortesía en un momento así. Me quedé un rato con él y luego me marché, de verdad acongojado, porque nombrar el fuego delante de un bibliófilo tiene el efecto de la incineración de un sueño. Algo que sabemos, acecha, es real, y puede acabar con uno para siempre. Aprendemos a evitar siquiera mencionarlo, con la idea de que si no lo invocamos, tampoco sucederá.

—¿Qué hizo después? —me apuré a preguntar.

—Bueno, antes de contarle eso, usted me dirá por qué estamos hablando de Carlos Brauer. Si es que no le molesta —agregó Delgado con un tono seco que comprendí de inmediato. Había llegado al extremo de su amabilidad y comenzaba a sentirse abusado.

—Vine a devolverle un libro que envió a una colega y falleció, antes de recibirlo.

—¿Cómo se llama? —preguntó interesado.

—Bluma Lennon. Trabajaba en el Departamento de Lenguas Hispánicas de la Universidad de Cambridge. Murió, hace poco, atropellada por un automóvil.

Delgado me miró, sorprendido, y lo vi vacilar en el sillón, como si el nombre de Bluma le impidiera hallar un nuevo apoyo.

—Le ruego —dijo, todavía inseguro—, que me conteste algo más. Por un azar, ¿llevaba un libro en la mano?

Esta vez el sorprendido fui yo. ¿De dónde nacía esa pregunta imposible? Asentí en silencio mientras Delgado se desdibujaba frente a mí, incapaz de obedecer a la idea que hasta entonces me había hecho del sitio donde me hallaba, su larga conversación, las excen-tricidades de un hombre dedicado a viajar por los libros. Pero mi gesto volvió a desencajarle la cara y otra vez vaciló. Un pensamiento incómodo le camina-ba por el cuerpo.

—Y una cosa más. Le pregunto, hasta con temor. Debe creerme —dijo— ¿Es posible que ese libro fue-ra de Emily Dickinson?

Volví a asentir, ya completamente molesto.

Lanzó una carcajada. Hipó. Volvió a callar de un modo violento. Seguía sin entender lo que ocurría.

—No se asuste. O, quizá, deberíamos ser dos los asustados. ¡Apenas puedo creerlo!

—Eso digo yo —contesté, urgido por la res-puesta.

—Es que, ¿se anima a escucharlo? Luego del incendio, Carlos vendió finalmente la casa, le dio el dinero que le reclamaba su mujer y viajó a México. Un viaje de veinte, quizá treinta días. No estaba bien. Si quiere, luego le cuento. Pero lo que usted espera que le responda es que cuando regresó de ese viaje nos vimos un sábado, en la feria de Tristán Narvaja, y nos pusimos a conversar. Me contó que había estado en el Golfo, y en Michoacán, y entre otros sitios que recor-

daba, extraordinarios, dijo que había participado en un congreso de escritores, en Monterrey. “¿Y qué tal? ¿Estuvo bueno?”, le pregunté. Y vea lo que me respondió: “Más o menos, dijo. Pero conocí a una profesora inglesa, muy bonita, que fue lo mejor. Una de esas académicas fogosas y petulantes, que todo lo revisten de citas literarias y, si les toca morir, preferirían ser atropelladas mientras leen a Emily Dickinson”.

No pude contener una risa nerviosa. Durante unos minutos nos miramos atontados, como si perteneciéramos a una fábula y la realidad se hubiera doblado en un insospechado pliegue. Delgado se levantó, fue hasta el pequeño bar y regresó con una botella de whisky, una hielera y dos vasos, “porque no hay otro modo de pasarlo”, dijo.

Mientras servía recordé la dedicatoria de Bluma en las primeras páginas del libro. Algo o alguien se había reído de la jactancia con que puso fin a su aventura. Carlos Brauer no había alcanzado a sorprenderla, pero de momento, acababa de demostrar que había sido mejor brujo que Bluma. Lo asombroso no era que ella fuera, pese a su ansiedad por demostrar su inteligencia, previsible. Lo asombroso era que el azar o el destino hubiesen contestado.

Seguía, pese a todo, sin conocer qué había pasado con Brauer y por qué era inhallable.

—¿Qué hizo después?

—Vendió la casa —repitió por fin, animado por el trago, aunque su tono fue poco celebratorio—. Supuse, como los demás, que se quedaría en Montevideo, pero poco después del viaje a México dejó de

contestar el timbre de la puerta, creo que lo desconectó, y dejó de atender las llamadas por teléfono.

Si mal no recuerdo, aquella mañana, en Tristán Narvaja, fue la última vez que lo vi. Al tiempo vino un amigo común con la noticia de que había comprado un terreno en La Paloma, sin luz, ni agua corriente, y levantado uno de esos quinchos de palos de eucalipto con techo de paja brava.

Ya era asombroso que un animal de ciudad, hasta la médula, pretendiese vivir al lado del mar. No es una metáfora. Levantó el rancho en la primera línea marina, entre la laguna de Rocha y el océano. No sé si conoce. Es una franja de médanos solitarios, expuestos a los vientos, a las crecidas del mar, y allí alternan, del lado de la laguna, unos pobres rancheríos de pescadores dedicados al camarón, cuando se abre la barra, en el mes de febrero, y al pejerrey durante el resto del año. No siempre se puede llegar en auto. A menudo hay que hacerlo en carro porque las dunas se desplazan y cubren el camino de acceso por la costa. Hay otro más arriba, de tierra, pero aun así, para llegar hasta donde levantó el quincho, es necesario andar unos doscientos o trescientos metros sobre arena suelta. Quiero decirle, es un lugar perdido, en el confín del mundo. Si usted no está muy seguro del sentido de su vida y quiere ponerlo a prueba, o quiere olvidar sus reflexiones y convertirse en otro hombre, ése es el lugar. Si usted prefiere morir de soledad y sentirse un perro, o enfrentarse cara a cara consigo mismo, debe ir a un lugar como ése. Sin medias tintas. Ni anestesia. Ni distracciones. Ni consuelo. Un lugar sin sombra. Salvaje. Con cielos difíciles de ver en

otra parte. Así la noche, inmensa como el día. Hasta la opresión. Capaz de hacerlo sentir un milímetro más grande que el insecto escabullido en la arena. Ignoro qué fue a hacer Carlos allá. Pero era evidente que no estaba bien o, al menos, el incendio del fichero había acabado con las ilusiones de ordenar su biblioteca.

No es un asunto menor. Espero que me entienda. Imagine por un momento que a lo largo de su vida ha conseguido conservar un conjunto de recuerdos sobre su infancia; sensaciones, olores, la luz que iluminaba el cabello de su madre, las primeras aventuras en la cuadra, impresiones más o menos caóticas de algo insondable pero que forma, al fin y al cabo, una memoria de su infancia, con sus terrores, alegrías y emociones. Luego tiene un registro de su crecimiento. La escuela ordena. Los maestros, los compañeros, las primeras aventuras, y así ha seguido acumulando recuerdos de cada una de sus experiencias hasta llegar a la actualidad.

Un día, de modo inesperado, pierde el orden de sus recuerdos. Siguen allí, sólo que se han vuelto inencontrables. Cuando busca la imagen de su primera mujer encuentra el zapato que mordía un perro en un lejano baldío de su infancia. Cuando busca el rostro de su madre, halla el de un tipo desagradable en una oscura oficina pública. Se acabó su historia. He reflexionado sobre eso, mientras intentaba comprender lo que hizo Carlos. Lo peor de todo es que los hechos están ahí, a la espera de que los encuentre. Y usted no tiene cómo hacerlo. No se trata del olvido, que cubre, piadoso, lo que no consigue tolerar. Es una memoria sellada, un llamado obsesivo al que no puede responder.

Ni siquiera tiene el fichero temático que despreció, en procura de un nuevo sistema, más complejo, pero al mismo tiempo, más frágil.

El caso es que se llevó los libros a Rocha. A la franja de arena entre la laguna y el mar. Un viaje costoso, porque los libros debieron recorrer más de doscientos kilómetros en varios camiones cubiertos. Entrar, seguramente, por el camino de tierra, y luego ser trasladados en carro por el arenal, hasta el lugar donde se levantaba el quincho abierto, casi sobre la playa.

Usted, ¿qué cree que hizo con ellos? Se encargó de conseguir un albañil de la zona, de esos albañiles desocupados, capaces de trabajar la madera como el cemento, colocar una ventana o un techo de paja atado con alambre, golpear clavos gruesos como un dedo, hacer una perforación de agua o pirquear la piedra, con resultado siempre imprevisible e incierto. Hombres que no preguntan y hacen lo que le pida, de la manera que sea, mientras exista una paga, porque ellos no van a vivir ahí.

Pidió, Carlos, al albañil de Rocha, que clavara los puntales del armazón de las ventanas en la arena, y los puntales de dos puertas, y que le armara con un muro de piedra, una chimenea. Cuando la chimenea estuvo en pie, asomada al costado del quincho, y las ventanas y las puertas quedaron apuntaladas, pidió que le hiciera una planchada de cemento. Y arriba del cemento, comprenderá que decirlo me produzca una sensación de horror, le pidió que convirtiera sus libros en ladrillos.

Así, como lo oye. Bajo la mirada, entre piadosa e indiferente del albañil que hacía la mezcla, se dedicó

a seleccionar, de la montaña de libros arrojada por el carro sobre la arena limpia y blanca, los libros que debían protegerlo del viento, la lluvia, la inclemencia del invierno. No le importaba ya la amistad o enemistad entre los autores, las afinidades o contradicciones entre Spinoza, la botánica del Amazonas y la *Eneida* de Virgilio; si las encuadernaciones eran buenas o mediocres, si tenían grabados o láminas, estaban intonsas o se trataba de incunables. Apenas la proporción de cada volumen, el grosor, la fortaleza de sus tapas para resistir la lechada de cal, cemento y arena. El albañil presentó el tomo enciclopédico sobre el ángulo de uno de los postes y contó los volúmenes de la colección, y debió alinearlos sobre el hilo que le servía de guía.

Nada me cuesta imaginarlo decir: “¿Y no va a ser? Si es un asunto irregular, como la piedra. Más pareja que la piedra. Casi como ladrillo. No se preocupe. Esto es lujo”.

Imagino a Carlos sobre una silla, entre la montaña de libros que amontonó el carro y la línea del mar, con un sombrero de paja para protegerse del sol furioso de Rocha; las manos sobre las piernas, atento al ruido de la cuchara del albañil sobre el lomo de sus libros manuscritos en los márgenes, con indicaciones inútiles hacia otros libros, comentarios que nunca más podría revisar, consultar, iluminar con una nueva lectura. Ni alegre ni triste, enmudecido por su brutalidad, bajo el amparo del silbido del albañil, de la radio encendida, o de la rompiente del océano y los gritos de las gaviotas en la playa.

Lo he pensado mucho. Debió caminar por ahí, mientras el muro se levantaba, alcanzarle un Borges para cubrir el pie de la ventana, Vallejo junto a la puerta, con Kafka arriba, y al lado Kant, y una dura edición de *Adiós a las armas*, de Hemingway; y así Cortázar, y Vargas Llosa, siempre voluminoso; Valle Inclán con Aristóteles, Camus con Morosoli, y Shakespeare, fatalmente ligado a Marlow por la argamasa del cemento; todos predestinados a alzar un muro, arrojar una sombra. “¿Va a ser térmico, no? Yo digo”, gritaría el albañil para darle ánimo, para sacarle la rígida mueca de la cara, necesariamente endurecida, como si le cayera, también a él, un balde de mezcla. Porque se le apilaría en la cara la soledad definitiva de esos libros que ya nadie iba a abrir, a mirar con deseo, y tampoco iba a decir, frente a la admirada visita: “bueno, no los leí todos. Me acompañan desde hace años. Mire, tengo algo que, estoy seguro, lo va a maravillar”.

Podría decir, sin embargo: siguen siendo mis amigos. Me dan abrigo. Sombra en el verano. Me protegen de los vientos. Los libros son mi casa. Nadie podría discutirle eso, aunque las cosas se hubieran ligado por el lado más rudimentario y a fuerza de frecuentar la dimensión más delicada de los libros, hubiese sido arrojado a una lejana y solitaria playa.

En una semana el albañil levantó, página por página, tomo a tomo, edición tras edición, las paredes de ese rancho sobre las arenas de Rocha que cubrieron de revoque la obra de Carlos Brauer. Una obra destruida dentro de otra. No sólo encerrada. Aniquilada en el cemento.

Supe que vivió un tiempo ahí, y que el cartón, las cartulinas y el papel, encuadernados y soldados en la mezcla, resultaron más fuertes de lo que cabía imaginar. Desde luego, no soportaban el peso del techo, sostenido sobre los palos de eucalipto. Se bastaron para aguantar el propio, quedar armados y resistir la intemperie. Tal vez ha visto cómo se desgranán los bloques, cómo se parten los ladrillos. Pues las encuadernaciones resultaron más vigorosas.

Delgado quedó callado y no me animé a interrumpir su silencio, aturdido por el relato. Era evidente que se sentía abrumado por una historia que le resultaba doloroso recordar.

—Creo que el libro que le envió a Bluma, proviene de ahí —me decidí a decirle.

Me miró asombrado, con una mueca de tristeza y rechazo que me alarmó.

—No me diga nada. No quiero saber.

Sus ojos azules empequeñecieron, miró su reloj y me pidió que me fuera. Prometió recibirme al día siguiente, no sin antes decirme que lo llamara por teléfono para confirmar la cita.

Temí que una excusa la impidiera.



Cuatro

A lo largo de los años he visto libros destinados a equilibrar la pata manca de una mesa; los conocí convertidos en mesa de luz, dispuestos en forma de torre y con un paño por encima; muchos diccionarios han planchado y prensado más objetos que las oportunidades en que fueron abiertos, y no pocos libros guardan, disimulados en los estantes, cartas, dinero, secretos. Las personas también cambian el destino de los libros.

Se rompe un jarrón, se descompone una cafetera o un televisor mucho antes que un libro. No se rompe a menos que su propietario quiera hacerlo, arranque las páginas, les prenda fuego. Durante los años de la última dictadura militar argentina, mucha gente quemó sus libros en el inodoro, en las bañeras, enterró colecciones en el fondo de sus casas. Se habían vuelto notoriamente peligrosos. Entre ellos y la propia vida, la gente elegía, convertida en su propio verdugo.

Libros que habían sido largamente estudiados, discutidos, libros que habían despertado pasiones, compromisos irrenunciables y distanciado a viejos amigos, subían al cielo convertidos en cenizas de carbón que se disipaban en el aire.

Yo no me atreví. Enrollaba revistas y las introducía dentro del tubo de la cortina del baño, escondía los libros más temibles en el último rincón de los armarios, en la hilera posterior de la biblioteca, a conciencia de que un sorpresivo allanamiento los descubriría. Entonces los libros acusaron a mucha gente. Les rompieron la vida.

Las relaciones de la humanidad con estos objetos resistentes, capaces de atravesar un siglo, dos, veinte, vencer si se quiere, la arena del tiempo, nunca fueron inocentes. Han adherido a la fibra de la madera, blanda e inquebrantable, una vocación humana.

No es que sea afecto a mirar debajo de las sillas. Me gusta dejarme engañar por los titiriteros, los rústicos efectos del teatro y la melodía impresa en las palabras. Pero la casa de papel, en una lejana playa del Sur, terminó por hacerme sensible a esa línea de sombra: una dimensión ciega que reúne, en un extraño juguete, la voluntad y el cuerpo de la letra impresa.

De regreso a Cambridge, volví a colocar el ejemplar en el atril de la mesa de mi estudio y Alice a ponerle una franela debajo, aunque ya no desprendía polvillo. En un mes, debí prepararme para la entrevista por el cargo oficial de Bluma y el estudio fue una buena disculpa con la que olvidar su desafiante y muda presencia.

A nadie me atreví a contarle lo que había aprendido en el Sur y si lo escribo ahora es porque aún trato de entenderlo.

Hace dos noches, leía un artículo de John Ber-
non, que acabó por desplazar a Laurel en los cursos de

postgrado, cuando advertí que la lámpara del escritorio cortaba el libro sobre el atril por la mitad: dejaba en la penumbra la mitad superior, donde se hallaba el título, e iluminaba la base agrisada y quebradiza que cubría el dibujo. Me fue imposible retomar la lectura, desoír su llamado. Yo era parte del azar y la curiosidad, pero ese ejemplar que había cruzado cuatro veces de hemisferio era parte de un destino.

Me levanté de la silla, lo metí dentro de un sobre y lo guardé en un cajón.

Ayer por la tarde, fui a la tumba de Bluma, cuyos restos enterramos en un coqueto, apretado y verde cementerio de las afueras de la ciudad. Mientras viajaba en el auto bajo una débil llovizna, me sentía el mensajero de un aviso inútil. La garúa en el parabrisas me trajo el recuerdo de la casa de Carlos Brauer en la costa, entre la laguna y el mar, una tarde con negros nubarrones verticales, enormes y gruesos como si fuesen, cada uno, una tormenta. Porque como había imaginado, Delgado eludió un nuevo encuentro. Lo llamé varias veces a la casa, dejé mensajes en su contestador, intenté hallarlo en la Cámara de Comercio sin atravesar la cordial barrera de su secretaria. Su actitud me resultó odiosa y entendible. El sibarita de las ediciones no podía continuar la historia de Brauer sin una profunda conmoción de horror. Pero a mí se me acababan los días de licencia y quería ver con mis ojos el sitio del que había partido *La línea de sombra*.

Tomé un ómnibus a La Paloma, menos prevenido de lo aconsejable. Finalizaba el mes de junio y el pueblo, vacío y yermo, con sus comercios cerrados

igual que restos de una hora borrada por la inclemencia, me recibió a mediodía con unos ventarrones marinos que castigaban las palmeras de sus calles. Varios pinos habían caído sobre el camino de ingreso y no satisfecho, el viento arañaba sus ramas, las revolvía y desgajaba.

No era el mejor día para visitar el balneario, pero era mi día y mi única oportunidad. Conseguí, ignoro con qué cuota de milagro, que un taxi me llevara a la laguna, para lo cual, como había dicho Delgado, debimos volver a la ruta y dar un largo rodeo por un camino colmado de pozos, semejante al lecho de un arroyo que hubiese drenado sus aguas. El de la costa, confirmó el taxista, había quedado bloqueado.

No me costó identificar el sitio. Luego de una curva, el camino, recto y pedregoso, bordeó la laguna y los médanos del mar donde pude divisar, a lo lejos, la solitaria cabaña. Al otro lado, un brazo de la laguna mostraba sobre la orilla opuesta los montes de una estancia, y luego el campo desaparecía para exhibir una enorme extensión de agua cuyo extremo se extraviaba en el horizonte. La crecida inundaba una hilera de ranchos de lata y cartón, donde algunos caballos, perros y pescadores chapoteaban en el agua, entre redes colgadas y balandras mecidas por la corriente. Algunos se asomaron, sorprendidos por la presencia del taxi en el camino, y regresaron a sus tareas con esa tensa discreción que, en pocos días, había aprendido a reconocer.

Le pedí al taxista que me esperara y llegué a la cabaña con un pañuelo en la cara para amortiguar el golpe de la arena. Entonces vi la agrisada y revuelta ex-

tensión del océano, voluptuoso, enardecido; vi los gruesos copos de yodo lamer la playa, acumularse en largos racimos y avanzar con una densa y mugrienta barrera de espuma, mientras el viento le arrancaba pedazos y los hacía volar con arenas, plásticos y pequeñas maderas; divisé unas pocas gaviotas, de pie sobre grandes lobos muertos; el esqueleto de la quinchá, ya mordida por las lluvias y deshecha sobre las alfajías, y los restos de los pocos escombros que permanecían en pie. Nada que Bluma hubiese podido imaginar en las calles de Monterrey, sumergida en las sábanas del hotel, en los poemas de Emily Dickinson o en cualquier otro libro que haya leído con mejor fortuna. Unos pedazos de muros inclinados, torcidos y rugosos, en los que pude adivinar entre pedruscos de cemento, pequeñas conchillas, líquenes oscuros, calcinados por el sol y vueltos a humedecer, unas páginas pegoteadas y rígidas como cartílagos de pez, con la tipografía desvaída e ilegible, el lomo de una enciclopedia, la henchida espuma blanca de una edición en rústica con sus cantos ondulados y deformes.

Derramados alrededor de las puertas y ventanas, semienterrados en la arena, encontré a Huidobro, Neruda y Bartolomé de las Casas; adheridos a un sólido ladrillo, a Lawrence con Marosa di Giorgio, un resto de Eliot, otro de Lorca, *El Renacimiento*, de Burckhardt, incrustado de pequeñas caracolas, un Pallière irreconocible y alquitranado.

¡Veinte mil dólares!, grité de espalda al viento que sacudía una madera del techo y la golpeaba contra uno de los postes. Allí estaban envueltos en piedra, araña-

dos, amortajados por una negra capa de mugre que no lograba despegar. Imposible abrirlos sin una herramienta. Me dediqué a hundir las manos hasta palpar una superficie dura que, extraída a la superficie, mostraba un desecho grotesco. Cada volumen asomaba en el médano como un siniestro cadáver. Papel y palabras, tinta reseca, lomos perforados por insectos que habían cavado centenares de pequeños y caprichosos túneles entre las páginas y capítulos.

Arrodillado, con el pañuelo atado en la nuca, imaginé por un instante que hallaba en condiciones una primera edición de Arlt, otra de Darío, el tomo de *El Quijote* que bebía con Brauer en su casa, pero extraía ladrillos inverosímiles con los huesos de un García Márquez, una pulpa pegajosa de Lope de Vega, la rígida piel de Balzac.

De golpe me levanté con una insoportable sensación de terror y angustia, y dejé de escarbar. La literatura universal afloraba del médano con un sórdido reclamo. Y, sin embargo, los libros estaban ahí, todavía estaban ahí, encuadernados y cosidos, con las páginas cavadas por corredores más amplios que los del talento, bajo costras quebradizas por las que asomaba un resto de cubierta igual a un ojo, lomos que buscaban la luz y volvían a sepultarse en el arenal.

Me aparté y di unos pasos hacia el rancho. Arrancadas las puertas y las ventanas, sus esqueletos abrían en el paisaje unos cuadros móviles y desconsoladores, sin fondo ni otro capricho que las rectas desgonzadas de los marcos, mientras en la paja del techo agujerea-do silbaba el viento con un aullido cadencioso y lábil.

Resistía, fuerte, la chimenea de piedra, y la losa del piso podía adivinarse en algunos sectores, libres aún de arena. Entonces estuve tentado de extraer *La línea de sombra* y dejarlo sobre un rincón del fogón junto a los otros cadáveres de un viaje que la playa devoraba, día tras día, porque aun en la esperanza embriagada y tenaz de las letras de molde, a la que contribuyeron impresores, diseñadores, secretarias, tipeadores, comentaristas, escritores y mensajeros, obreros de la tinta y la encuadernación, ilustradores, prologuistas, cultos críticos de la memoria, el papel era un resto orgánico que finalmente caía, como los pinos del camino, a la gran fauce marina con un derrumbe silencioso y devastador.

Ahí estaba el mar, turbulento y agitado, y cada rompiente parecía una dentellada, y ahí los lobos con los costillares abiertos y ensagrentados donde hundían sus picos los albatros. Y el yodo en el aire y las cortinas de arena, y grandes troncos arrojados a la playa al cabo de un viaje inconcebible. Qué haría un libro allí sino enterrarse en el médano, dejarse morder en la oscuridad, aflorar de improviso como los restos de un naufrago.

No me atreví a dejarlo. Lo retuve contra la impiedad y el asco porque, aun cuando fuera ése y no otro el destino que nos aguardaba, a él y a mí, y a todo lo que un día había salido de la inmunda baba del océano para imaginar una voluntad en la tierra, podía demorarse, y si sólo consistiera el juego en una lenta y prolongada demora, otros aplazarían la entrega de la letra.

Lo traje de regreso como si fuese un talismán, me abracé a él con un resto de asustada fe. Y durante va-

rias semanas celebré al vagabundo depositado sobre la mesa de mi estudio, y me reí con él de los envarados tomos de mi biblioteca, con el reproche absurdo de que no conocían de la vida nada que no fuera un estante pulcro, las cosquillas del plumero, la aspiradora que les quitaba el polvo, y dormir y aplicarse, cada tanto, a la tarea, con un orgullo jamás expuesto a la violencia ni a las fuerzas naturales que nombraban sus páginas.

La euforia cedió después. Hice una nueva limpieza y metí en grandes cajas de cartón los libros que no me resultaron imprescindibles o de alguna utilidad, amenazado por el fantasma de Brauer. Regalé varias cajas a mis estudiantes y compañeros de cátedra con la sensación de que recuperaba espacios para colgar un cuadro, un espejo, un liso y blanco sector de pared donde no buscar nada.

Pero en las noches tenía pesadillas y volvía a hallarme en el médano, sólo que en vez de libros asomaban manos, y me sujetaban los tobillos y me impedían avanzar con un reclamo desesperado.

La preparación de mi entrevista por el cargo de Bluma apartó, poco a poco, esas imágenes de mi cabeza. Competía con tres docentes de importantes méritos y obtuve finalmente el puesto, aunque ya no estaba seguro de desearlo. A veces me venía un impulso de hacerme marinero en Alaska, dar un golpe de timón a mi destino, regresar a Buenos Aires y olvidar los libros. Pero luego me repetía que me hallaba bajo los efectos de la historia de Brauer y no debía dejarme suggestionar por su hechizo. Me preguntaba dónde esta-

ría, si sería feliz, alejado de sus libros, si se dedicaba al comercio o había iniciado, sin proponérselo, de curiosidad en curiosidad, una nueva biblioteca.

Por intrigante que fuese su destino, yo debía continuar el mío, sostener la dirección con el propósito que me había adjudicado: diseñar un mapa de la narrativa latinoamericana en su tránsito europeo que completaría, en cierta forma, el viaje de ida de Bluma. Sólo que desde la experiencia vivida en Uruguay, la ambición resultaba pretenciosa frente al encarnado viaje de los libros. Se había convertido en mi descubrimiento y mi turbación.

Contemplaba los libros en los escaparates de las librerías, enjorados por la luz de los spots, dispuestos como grandes gemas coloridas, y si no dejaba de leer los títulos tampoco dejaba de medir su tamaño y volumen, con cínica malicia. ¿Dónde iría a parar esa coquetería, esa fiesta extraordinaria de cubiertas y encuadernaciones si un golpe del destino los mordiera también a ellos, les demostrara de lo que es capaz el viento, el fuego, el agua?

En pocos días me descubrí mirando los libros con aprehensión, resistía la tentación de las mesas de ofertas y, lo que es peor, mandaba al depósito de la biblioteca, casi sin mirarlos, los ejemplares que llegaban a la oficina desde remotos países. Me aterraba la posibilidad de interesarme por alguno y llevarlo a casa, sumar nuevos miembros a la gigantesca colonia que se adhería a las paredes y progresaba por los pasillos.

Si coloqué *La línea de sombra* sobre el atril, donde pudiera verlo todos los días, fue porque desconfiaba

de mi fortaleza para evitar una recaída. Pero llegó la noche en que lo vi cruzado por la luz de la lámpara y, fuera que Brauer tuviese razón en adjudicar al papel una afección de otro orden o hubiese recuperado el control de mis emociones, me decidí a visitar, finalmente, la tumba de Bluma.

Llevaba el libro sobre el asiento del acompañante, bajo la llovizna que se hacía más densa, me obligaba a encender los faros y a recordar el desquiciado sitio de donde había partido. Me detuve en una hostería a comprar cigarrillos y cuando regresé al auto permanecí un cuarto de hora con el motor apagado delante de un fresno, mientras el monótono zumbido del limpiaparabrisas barría la lluvia hacia los lados. ¿Pero era justo para Joseph? ¿Debía también Conrad besar la piedra?

“Y nuevamente me suplicó que le prometiese no dejarlo en tierra. Tuve la suficiente firmeza para no prometerle nada, aunque más tarde me pareció criminal esta firmeza, pues ya había tomado una resolución”, había dicho el capitán frente al marino que deliraba en la litera del camarote, presa de un contagioso pánico. Me parecía oír en esas palabras el reclamo tácito que, de un modo u otro, el libro me había hecho desde el inicio.

Extendí la mano a la llave, encendí el motor y regresé a la carretera. Pocos kilómetros más adelante ingresaba al camino que conducía al cementerio. Estacioné el auto junto a un olmo y caminé con el libro entre las hileras de enjardinadas tumbas, también ellas dispuestas, al fin y al cabo, como volúmenes sellados,

rectangulares, rígidos, que nadie lograría abrir, cada una con su historia y su deseo de ser, larvado en la humedad de la tierra.

Mansa, la lluvia se había encargado de subir los verdes del follaje y las negras lápidas de los difuntos. Me costó reconocer el sitio donde yacían los restos de Bluma. Me subí las solapas del abrigo para atenuar la intemperie y un cuidador me guió hasta la losa que le había tocado en suerte. Entonces coloqué el ejemplar en el centro solitario y mudo del mármol.

Quedé un rato frente a él, mientras las gotas caían sobre la cubierta endurecida y áspera, firme bajo la lluvia como lo estuvo a la hora del cemento y su regreso. Porque los pescadores de la laguna de Rocha me contaron, sin saberlo, el final de la historia.

“Demasiado lugar para alguien poco habituado”, habían dicho al iniciar su relato, sentados en ronda, los dos hombres y yo, dentro de una casilla inundada, con el agua a la altura de las pantorrillas.

A punto de subir de nuevo al taxi, tuve el impulso de acercarme a las casas de los pescadores, diciéndome que no tendría otra ocasión de averiguar lo que sabían. Golpeé las manos desde el camino, vinieron los perros, se alejaron los caballos. Pero segundos después asomaron los dos hombres detrás de una tapia y al preguntarles por el hombre de la cabaña me invitaron, con señas y gritos, a que pasara. No era fácil. A pocos pasos se iniciaba la línea oscura del agua desbordada de la laguna, cuya profundidad desconocía. La invitación, sin embargo, fue tan vehemente, que me quité los zapatos y las medias, arremangué los bajos de

mi pantalón y me aventuré unos cien metros con pasos tímidos y vacilantes, hasta llegar a la casilla con los zapatos en la mano.

Para mi sorpresa, vivían en medio del agua con una resignación tan asumida que si no fuera por el frío en los tobillos, también yo hubiese logrado ignorarla. Tenían sus colchones arriba de unas mesas altas, otra estaba colmada de herramientas, vajilla, botellas, una cocinilla a gas, y el resto de las míseras pertenencias colgaban de ganchos, sobre las paredes. La puerta abierta daba a la laguna, dilatada en un horizonte de negros nubarrones y detrás de las barcas ancladas a escasos metros, se arracimaban en el agua colonias de patos, gaviotas y flamencos.

Me dijeron que habían aprendido a convivir con el hombre. Solían verlo caminar por la playa y la laguna, hacer largos paseos que lo conducían lejos y de los que regresaba al cabo de varias horas cargado de maderas arrojadas por el mar, huesos de lobo, carroñas, botellas de colores. Se había hecho algunos muebles con las maderas, y repisas, y los huesos colgaban, dentro y fuera del rancho, de unos hilos de tanza junto a esqueletos de albatros y pájaros que, en los días de viento, entrechocaban y hacían un sonido de triquitraque, y no sabían cómo lograba dormir ni para qué los había colgado, por lo que nadie se le acercaba mucho y las mujeres lo prohibían a los niños.

Sólo una vez, una vieja lo había ido a ver para pedirle que le quitara el mal de ojo, porque tenía el vientre hinchado, a punto de reventar, y regresó decepcionada, diciendo que era un brujo sin poderes, como no

fuera para provocar, quizá, “el daño”, de modo que se mantenían alejados.

A veces lo veían bajo el alero con un libro en la mano, de los que, parece, le habían sobrado. En el verano se abastecía en La Paloma con un encargo que se hacía llevar, y durante el invierno solía llegar al bolichito de un pescador a comprar caña, tabaco para armar, alguna bolsa de harina, fideos, lo que le permitiera comer. No hablaba mucho y los demás tampoco “le conversaban” más de lo necesario. Nadie sabía lo que hacía. Ni lo que buscaba.

Había pasado así un verano, un invierno y otro verano. En agosto, cuando cruzaron las ballenas hacia el sur, decían que varias se habían demorado frente a la línea del rancho y levantado sus enormes aletas, y gritado y alborotado más de la cuenta, y el caserío quedó impresionado. Un ballenato varó en un banco, a pocos metros de la orilla, y diez hombres se metieron al agua para moverlo. Demoraron un buen rato, pero él no se acercó. Los miró desde el rancho, entre sus triquitraques, solitario e inmóvil, hasta que la cría regresó al mar.

Pero una mañana, hacía varios meses, lo vieron golpear con una maza las paredes del rancho. Lo que les llamó la atención era que no parecía un arreglo, porque lo hacía en una punta y después en la otra. Y luego arriba de una ventana, y después abajo, junto a una puerta. El niño de un vecino, que era el único que se atrevía a conversar “con el señor”, llegó con un cuento que los sacó del asombro inicial para meterlos en otro mayor: “buscaba un libro”, dijo.

Sabían que los ladrillos de ese rancho no eran de bloque y durante un tiempo, sorprendidos y humillados, habían apostado acerca de cuánto le durarían al hombre unas paredes como ésas. El albañil había estado contando en los boliches que hizo una casa de papel, y se jactaba y nadie quería creerle.

—Pero nosotros sabíamos que era cierto. Aunque no teníamos visto —dijo el pescador más viejo y conversador. El otro, acaso su hijo o pariente, se limitaba a asentir y movía, nervioso, las manos.

—Por acá vienen muchos turistas y hacen lo que quieren —continuó—. Bueno, que cada cual se las arregla como puede. Éste lo había hecho con libros, y eso ya fue un asombro. Y el otro fue, como le digo, cuando le empecé a hacer tremendos boquetes. Estuvo dos días, le digo, meta agujero, y decía el botija que no lo encontraba, al libro. Usted ha visto. ¿Cuántos libros había ahí?

La cuestión es que dejó la casa como un colador. No menos de diez o más boquetes, en cada pared. Abajo, arriba, al costado. Hasta que lo encontró, parece, según dijo el muchacho. Lo encontró y se fue a la Paloma con el libro, y lo mandó por correo. No miente el botija, porque fue con él.

Después ha regresado, el señor, y lo vimos ponerse, él mismo, a reparar. Compró una bolsa de cemento y un carro le acercó pedregullo. Pero qué, mi amigo... Parece que no había forma. Se le caían para un lado, y luego para el otro. Apoyaba un libro y la pared se le torcía, abajo, combada, como a punto de caer, ¿y los que habían quedado pegados arriba? Se le

venían abajo. Todo se puso flojo, curvado, imposible de arreglar. Estuvo días así, ¿usted ha estado? No quedó nada. Lo destruyó él mismo. Lo vimos desde acá, con la maza. Y le juro que daba pena. Porque mal no le había quedado; hasta que apareció el asunto del libro.

Una tarde lo vimos en el camino, con una valija. Y miraba el rancho, ya deshecho. Alzó el brazo, nos hizo una seña con la mano y se fue caminando no más, bajo el sol. Y ya no volvió.

Me despedía con los pies congelados y los zapatos, otra vez, en la mano, cuando se me ocurrió preguntarles, con torpeza, si en los días previos habían visto algo anormal. Entonces abrieron los ojos y el viejo contestó:

—Anormal, anormal fue desde un comienzo, ¿no? Vaya uno a saber lo que hacía ahí. Como le dije, nadie se le juntaba mucho porque había miedo acá. Salvo el botija, que es corajudo. Decía que no era brujo, que le leía en voz alta unas cosas que no entendía mucho, pero sonaba como música, y que los huesos no sabía qué hacían ahí. Una vez le preguntó y el señor se sonrió, pero como con una tristeza, y no le dijo nada.

—¿Puedo ver al muchacho? —le pregunté.

—Está en Arachania, trabajando con el tío en una obra.

—Pero hubo una carta —dijo de pronto el otro. El botija le llevó una carta que le dieron en La Paloma. De Inglaterra —concluyó, como si la palabra encerrara una prueba de misterio y desconcierto que iba a acompañar la historia durante el resto de sus días.

Me llevé el dato durante el difícil regreso a casa, entonces con los pies hundidos en el agua y el barro, y luego en el taxi, en el ómnibus a Montevideo, en el aliscafo a Buenos Aires y, tras reponerme de una violenta angina en casa de mi madre, en el avión a Londres.

El dato era una prueba también para mí, de pie frente a la tumba de Bluma, ayer por la tarde, mientras veía correr el agua por la superficie de cemento y asomar, por pedazos, debajo de la costra que lo ocultaba, el viejo navío y los peces que ilustraban la tapa, como si el barco, alentado por un secreto deseo, acabara de ponerse en movimiento. Porque Bluma le había escrito para reclamarle ese ejemplar regalado en Monterrey —hallé una copia en la computadora de la oficina, al otro día de mi regreso—, imprescindible, decía, para terminar su tesis sobre Conrad. Sin necesidad, estoy seguro, porque no vi anotaciones en sus páginas, salvo la dedicatoria, y nada le hubiese costado comprar otro ejemplar en cualquier librería, en inglés o español. Había, sospecho, otra cosa. La curiosidad, tal vez, de averiguar si un hombre remoto, al que había dedicado una noche de jadeos y tequilas en un hotel de Monterrey, no sólo la recordaba, agradecido, también era capaz de hacer algo por ella.

El libro comenzaba a ablandarse en la lluvia, a aplastarse sobre la losa de mármol negro con un lento deceso, sereno al fin, igual que un barco en su silenciosa entrada a puerto. Entonces volví a imaginar a Carlos Brauer mordido por la duda, intentando recordar en qué lugar de la blanca pared revocada había ido a parar el libro, y tantear la superficie rugosa, ciego,

con la esperanza de que una vibración en los dedos le recordara el sitio donde podría hallarse, adherido a otro libro. Y por un instante lo sentí reprocharse, no el olvido, sino la memoria de que estaba encerrado bajo el cemento, en alguna parte, y la voluntad de hallarlo. ¿Lo había hecho por ella? ¿Lo había hecho por él, harto de la soledad, de oír, quizá, el llamado de los libros que cubría el triquitraque de los huesos colgados en el viento? ¿O todo cobraba justificación en la ingenua pero imborrable necesidad de una mujer que pedía a gritos, la sorprendieran, y el pedido fue el fin de algo que debía terminar, había terminado hacía tiempo para él, y sólo necesitaba tomar la decisión de obedecerlo, agarrar la maza y comenzar a romper, una vez más, su propia obra, como si se liberara, con ella, del encierro?

El libro no sorprendió a Bluma, demasiado tarde en la lluvia, y no había sido mejor para ella. Pero un hombre había atravesado, con brutalidad, desazón y certeza, su línea de sombra.

Me despedí de Bluma. Saludé al gran Joseph cuando el dibujo del velero y los peces comenzaba a deshacerse, y regresé a casa.







Este libro se terminó de imprimir
en octubre de 2007 en los
Talleres de Pressur Corporation S.A.,
Colonia Suiza, República Oriental del Uruguay.

manipulo de herencia de vna casa
e de vna casa de herencia
e de vna casa de herencia
e de vna casa de herencia

